

CONALI INFORMA

PENTECOSTES, CONFIRMACION Y MISION JOVEN

Motivación para contribuir a la actualización del rol del Espíritu Santo
en la vida y misión del joven

Introducción

Variadas son las formas para entrar en este trío de acontecimientos. Por una parte podemos hacerlo desde la teología del acontecimiento de Pentecostés. Hecho macizo que da origen a la misión de la Iglesia y que nos hace estar atentos al necesario discernimiento de los signos de los tiempos.¹ Por otra parte, podemos entrar por la ritualidad del sacramento de la confirmación, sus frutos esperados y el rol del joven en el mundo desde su fe ya expresada.² Una tercera entrada es destacar lo que se espera de una Misión Joven en Chile hoy a la luz de Aparecida.³ Elegimos una cuarta, que, aunque pretenciosa, nos llevará a plantear los desafíos que el llamado del Espíritu Santo hace a los jóvenes confirmados y que podrá instalar en ellos,

¹El Documento de Aparecida n° 150 lo recoge así: "A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas (cf. 1Cor 12, 1-11) y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (cf. 1Cor 12, 28-29). Por estos dones del Espíritu, la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (cf. 1Cor 1, 6-7). El Espíritu en la Iglesia forja misioneros decididos y valientes como Pedro (cf. Hch 4, 13) y Pablo (cf. Hch 13, 9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (cf. Hch 13, 2). Tb. DA 362 y 548 en que se desarrollan consecuencias pastorales.

²Orientaciones para la pastoral sacramental, n° 167-234

³ Misión Joven 2012. Santiago, CECh p. 32

entre otras gracias, la actitud espiritual fundamental, que es el discernimiento cristiano. Esto es lo que consideramos podría ser **el fruto de la Misión Joven**⁴, tal como lo fue en Pentecostés para el grupo de discípulos y discípulas ahí presentes y, ya antes, en el bautismo del Señor.

Pentecostés, desde el punto de vista litúrgico, esta solemnidad está arraigada en la vida de la Iglesia por un doble sentido: 1) Es como un reflejo de la Pascua ya que, desde antiguo, se celebraban bautismos y una vigilia de oración; 2) Es también la Fiesta del Espíritu Santo, aniversario de su venida sobre los Apóstoles, aunque a veces se celebró sin la conexión con el tiempo pascual y el sentido de plenitud pascual que es el don del Espíritu.

Pero ¿que imagen tenemos de la persona del Espíritu Santo?. Lo que vemos en nuestras celebraciones son las imágenes bíblicas que nos lo presentan y que proceden del orden de la naturaleza o del mundo animal: el agua, el fuego, el viento, el aliento vital, la paloma.

⁴ Cfr. www.iglesiaenmision.cl/recursosparalamision/criterios para la misión joven

La historia bíblica, no lo representa como una persona humana, como lo hacemos con el Padre y menos con el Hijo, verdadero Dios y hombre. Al Espíritu Santo, no podemos ponerlo frente a nosotros, no lo podemos tocar, atrapar o tomar. Obvio, decimos, es un Espíritu. A lo más podemos invocarlo cantando ¡Ven, Espíritu creador¡.

Lo que si podemos decir es que el Espíritu Santo es el vínculo de la relación existente entre el Padre y el Hijo, y por lo tanto es una persona, pero es una persona muy particular, porque no tiene rostro, ni habla por su cuenta (Jn. 16,13) y por eso siempre decimos “el” Espíritu Santo y no “tu” Espíritu Santo. También podemos señalar que el Espíritu Santo desciende sobre nosotros y por eso nos anima desde el interior, llamándonos a superarnos. Por lo que, todo lo que hagamos o digamos, está llamado, a hacerse con la fuerza del Espíritu venido del Padre al alma y al corazón de los discípulos misioneros.⁵

Decimos entonces, que así como el Espíritu Santo, ha hablado por medio de los profetas, también es el que hace hablar a los hombres, él inspira sus pensamientos. Es el “inspirador”⁶. La palabra del Espíritu está al interior de nuestra palabra. Por lo que no hay que buscarlo fuera de nosotros, sino en nosotros. Es alguien que habita en nuestro interior, que hace que anide en nosotros el don mismo de Dios, nos inspira, nos hace hablar y actuar según Dios. De Dios, dice san Agustín: es en mí «más íntimo que mi propia intimidad, y superior a lo más alto que hay en mí».

De ningún modo es coercitivo, ni hace entrar en conflicto con la persona, sino que es más bien quien me mueve, con respeto y en la libertad, a vivir según Dios.

⁵ En Pablo, el Espíritu clama en nuestros corazones: «¡Abba, Padre!» (Gal 4,6; Rom 8,15); «da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom 8,16); «emite gemidos inenarrables» (Rom 8,26); «reparte sus dones como quiere» (1Cor 12,11); «es un Espíritu de libertad» (2Cor 3,17)

⁶ Ver Hech, 2,4; Rom. 8,15; 1 Cor 12,3

Hace de nosotros personas adoptadas y filiales respecto del Padre, y personas fraternas respecto del Hijo.

De lo anterior, nace la necesidad de captar hacia donde nos desea inclinar, ya que al actuar dentro de nosotros podemos, por una parte, considerar sus acción solo como acciones nuestras y no seguir su evolución con el fin de conocer lo más justamente posible lo que viene del Espíritu de Dios y lo que viene de nosotros mismos. Es más, lo que puede venir del o lo adversario de la naturaleza humana.

En el proceso pedagógico para lograr esta herramienta que llamamos discernimiento, la Iglesia propone el proceso de la **iniciación cristiana** entendida como la etapa en la “cual la persona, a partir de sus preguntas existenciales, recibe la instrucción evangélica, se ejercita para conformar su vida al estilo del Evangelio y se introduce o reintroduce en la vida nueva del Señor Resucitado por el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía ofrecida en la comunidad eclesial, para ser testigo convincente del Señor Jesús en el mundo”⁷

La Confirmación, según señalan las *Orientaciones para la Pastoral Sacramental*, es “el sacramento de la Iglesia que lleva al candidato hacia la plenitud de la vida en el Espíritu”⁸. El Espíritu Santo actúa sobre la persona que recibe la imposición de manos y el crisma, capacitándola y disponiéndola para alcanzar una más profunda semejanza con Cristo, una mayor inserción en la comunión de la Iglesia y en la participación en su misión como “discípulo misionero” (...).”⁹

⁷ Orientaciones para Itinerarios Formativos de Confirmación, Santiago, CECh 2012, n° 62

⁸ Orientaciones de Pastoral Sacramental, n° 175.

⁹ Orientaciones para Itinerarios Formativos de Confirmación, Santiago, CECh 2012, n° 73 Es interesante ver también el ejemplo que pone el You Cat n°203 para este sacramento.

Discernimiento.¹⁰

Si este podría ser unos de los frutos de la Misión Joven, al menos para los jóvenes discípulos misioneros, recogemos una propuesta de discernimiento espiritual o «discernimiento de espíritus».

La palabra la usa el autor en plural para significar los movimientos interiores de nuestra conciencia y de nuestra afectividad: tristeza, turbación, inquietud o, por el contrario, alegría, deseo, esperanza, amor generoso, etc. Estos movimientos o mociones interiores reclaman ser discernidas según su evolución, con el fin de conocer lo más justamente posible lo que viene del Espíritu de Dios y lo que viene de nosotros mismos en tanto que seres desequilibrados ante la tentación del mal, o ante lo que la tradición cristiana llama el «mal espíritu». No se trata aquí del que tiene mal carácter, sino de un movimiento interior malo procedente del «tentador», adversario de la naturaleza humana.

Un ejemplo cualquiera: «He vuelto de pasar un día con unos amigos míos. Me he mostrado bromista, muy ingenioso. Y ahora, de vuelta a mi casa, me siento vacío, hastiado. Nada me interesa. ¿Por qué? ¿Es efecto de la soledad, o signo de que en mi actitud con los demás había algo que no era justo? Tendría que saberlo para que no se volviera a repetir».

El ejemplo es trivial y corriente. ¿Qué significa esta sucesión de alegría y tristeza? Si estoy atento a mí mismo, si trato de mirarme con honradez, llegaré a saber por qué las cosas han ocurrido de ese modo.

¹⁰ Recogemos de manera casi íntegra el ejemplo propuesto por Bernard Sesboué, Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI. P. 462-465. Un texto-taller que podría ayudar a iniciarse en el acompañamiento a jóvenes es: Comisión Nacional de Pastoral Vocacional: "Caminar con ellos", Santiago, CECh 2009.

Dos situaciones existenciales radicalmente diferentes reclaman un justo discernimiento. O bien trato de hacer las cosas lo mejor posible, a pesar de mis debilidades; estoy abierto y soy espontáneamente generoso con los demás, y trato de concederle a Dios el lugar que le corresponde en mi vida; o bien me dejo llevar por mis deseos egoístas y pisoteo valores por los que no obstante siento respeto, tratando de acallar la voz de mi conciencia. En el primer caso, todo movimiento de alegría interior, de dinamismo humano y de vitalidad, y sobre todo la paz duradera, son signos del Espíritu Santo. Las inquietudes, la tristeza, el desánimo, la vuelta de mis complicaciones psicológicas personales, son signo del «mal espíritu», que nos refrena, nos bloquea o quiere que retrocedamos. En el segundo caso, las cosas se invierten: la tristeza y el malestar conmigo mismo son sin duda signo de que no voy por el buen camino; es un intermitente que me invita a cambiar de vida.

Apliquemos esto a nuestro ejemplo. Si puedo reconocer con toda equidad que mi actitud con los amigos tenía por objetivo animar el encuentro, sembrar alegría, procurar un buen entendimiento entre todos, no tengo por qué inquietarme. La tristeza que siento es simplemente consecuencia del cansancio físico o nervioso, de la decompresión después de un momento fuerte, quizá de mi temperamento algo ciclotímico. Quizá incluso una tentación que se presentaría en lo mejor de mi dinamismo. Lo que necesito es simplemente dejar pasar el tiempo, descansar o simplemente dormir. Mañana todo se verá más claro y despejado. En cualquier caso, no hay que tomar en serio tales pensamientos: me hacen daño.

Si, por el contrario, me doy cuenta de que he buscado sobre todo hacerme notar, que he hecho el payaso, que me he mostrado algo provocador con una determinada persona del grupo, que me

he explayado hablando mal de los ausentes, que había en mi comportamiento deseos de mostrarme superior a alguien de quien estoy celoso, etc., entonces tengo que preguntarme si la tristeza que siento no será una advertencia de mi conciencia: «¿Qué buscas al actuar así? ¿No tendrías que arrepentirte de palabras o actitudes que han podido herir a otros? Y, en fin, ¿no es ese comportamiento signo de tu frivolidad, de tu superficialidad, de tu deseo de aparentar, que no sólo son de este día, sino de tu comportamiento en general?». Esa tristeza es un signo del Espíritu de Dios, que me advierte que, si sigo viviendo así, no avanzaré por el buen camino ni llegaré a ser feliz.

El discernimiento espiritual me muestra igualmente cómo debo conducirme en un período en el que me siento desanimado, deprimido, «por los suelos». Me dice en particular que nunca debo tomar una decisión cuando me encuentro en este estado.

La buena práctica del discernimiento exige en la mayoría de los casos la pedagogía de la apertura y el acompañamiento. Esto vale especialmente para los jóvenes, que se encuentran inmersos y arrastrados en unas dudas interiores que atraviesan sin entender nada de lo que les ocurre. La apertura al otro, la escucha de sus reacciones, evitan engaños y ayudan a encontrar la verdad.

El discernimiento espiritual ha de ponerse en práctica también cada vez que se va a tomar una decisión grave en la vida: elegir una profesión o asumir un compromiso importante, decidir casarse, etc.

En fin, Pentecostés, el Sacramento de la Confirmación y la Misión Joven, bien podrían entonces coincidir en el llamado a discernir que nos hace desde dentro el Espíritu Santo y recoger de esta manera el llamado de aparecida a u nuevo Pentecostés en la Iglesia.

“Esta V Conferencia, recordando el mandato de ir y de hacer discípulos (cf. Mt 28, 20), desea despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente. Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia.” (DA 548)

Jaime Carmona Fernández
Director del Área Eclesial

Mayo, 2012